

LA PRINCESITA DE PAN Y MIEL



PRIMERA PARTE

I

La conquista del nombre y de los cielos

Y habéis de saber, amiguitos míos, que nada es verdad ni mentira, porque nada absolutamente es como nosotros lo vemos. Y así no hay cosas que son verdaderas ó falsas, sino que son bonitas ó feas. Si este cuento os gusta, ya podéis creerlo todos á pies juntillas, y si no, podéis jurar sobre vuestras muñecas y vuestros soldados de plomo, que es un desvergonzadísimo embuste; y que Dios nos perdone á todos, *amén*.

Pues, señor, que una vez había una niña muy linda que se llamaba *Pan y Miel*, y era muy rica, porque tenía una camisa muy fina de retor y un refajo de bayeta encarnada. Además, era suya la luna, y ahora mismo os voy á decir cómo se realizó este maravilloso prodigio.

Como nuestra heroína era muy pequeña, se

acostaba siempre muy temprano. Apenas sonaban las oraciones y comenzaban en el valle á extenderse las sombras y los pájaros se retiraban á sus ramas ó sus aleros, la abuela Salomé tomaba á la niña de la mano, la llevaba al granero y la acostaba entre un jergón de hierbas y una gran manta de algodón. ¡Qué bien se dormía allí, madre mía! Pero una vez se hizo muy tarde, porque la abuela no encontraba la llave del desván, y empezó á ponerse todo muy oscuro, y Pan y Miel se asustó, creyendo que el mundo se acababa. Y comenzaron á salir las estrellas, y la niña rompió á llorar. Pero luego, entre las nubes, apareció un fulgor, como si amaneciera, y surgió la luna redonda, limpia como un espejo de plata bruñida. La niña se quedó un momento absorta mirando al astro de la noche, que parecía rodar por el espacio. Por fin alzó un dedo y dijo concisamente:

—Pa mí.

Y quedó convenido que la luna sería de Pan y Miel; y aquí tenéis explicado cómo se consumó aquel acto solemne de posesión y de dominio.

La verdad es que se llamaba Rosita. Es un nombre precioso, ¿verdad? Todas las niñas tendrían mucho gusto en llamarse Rositas. Y se llamaba Rosita á secas, porque no había conocido á su padre. Su madre y su abuela iban al monte á coger leña y hierbajos medicinales, y con esto y la caridad de las buenas almas y unas cuantas gallinas, cuyos huevos se pagaban muy bien en la ciudad, parecía un palacio encantado á la niña la casa de adobes. Tenía una ventana el desván... ¡Qué ventana aquella, Virgen de la Contemplación! Desde ella se veía, primero una huerta, luego otra, y otra, con unos almendros cuyas flores en primavera parecían temblar como pájaros blancos en las ramas,

al sonar el toque del alba. Detrás estaba el río, espejeante al sol como una bandeja bruñida, y más allá los olivares, y luego los pinos, y los pinsapos, y los abetos, con sus masas de sombras que trepaban por la montaña. En último término confundíanse con las nubes sus azulados y enhiestos picachos. ¿Creéis que no había ya más? Pues os equivocáis, y de medio á medio. Más allá estaba el mundo. ¿Sabéis? Nada menos que el mundo, ignorado, atrayente, misterioso y sublime. Rosita miraba hacia allí algunas veces y cogiendo al perro—un mastín enorme—de las orejas, le decía señalando al horizonte con la otra mano:

—Mira el mundo, Leal.

Y Leal echaba las orejas sobre la frente, miraba muy serio, y luego dejaba escapar de su gruesa garganta un sordo gruñido, ni más ni menos que si dijera:

—¡Como se acerque aquí, me lo como!

¡Cáspita, qué cabeza la mía! Se me olvidaba deciros por qué á Rosita se la llamaba Pan y Miel. Siendo todavía muy pequeñita, pues apenas contaba siete años, volvió su madre tiritando del monte; había llovido mucho, y la infeliz venía friolenta y calada hasta los huesos. Se acostó, y la abuela fué á buscar al señor Santitos, que era el médico de San Pedro del Robledal, lugar que estaba á tres leguas de allí. Por la mañana vino el señor Santitos á caballo, vió á la enferma, movió la cabeza, que era blanca como un copo de nieve, tomó el pulso, se rascó la sien y dijo, después de una pausa:

—¡Pobrecita! Que le den agua de limón.

¿Qué otra cosa le iban á dar, si allí no había botica, ni medicinas, ni cosa semejante? Volvió otras veces el señor Santitos, y con él vino el cura y murmuró yo no sé qué rezos, y se llevaron á Ro-

sita á la huerta de Celedonio, donde estuvo ocho días comiendo nisperos. ¡Vaya una cosa buena que son los nisperos cuando se tiene siete años sin cumplir, una camisa fina de retor y un refajo encarnado, y se ha tomado posesión de la luna!

Pero transcurrieron los ocho días, y Rosita volvió á la casa de adobes. Encontró á su abuela llorando, preguntó por su madre y nadie supo darle razón. No hacía más que dar vueltas por toda la casa, gritando entre enojada y llorosa:

—¡Madre, que vengas!

Y una tarde consultó con Leal, y ambos salieron camino adelante; ella con una rebanada de pan untada de miel, y el perro con las orejas y el rabo desmayados, como si le ocurriera algo muy serio. Y anduvieron y pasaron las horas, y la abuela preguntó por la nieta, y nadie supo dónde habían ido á parar Rosita ni el can.

La abuela lloró, clamó al cielo y, acompañada de unos cuantos vecinos, salió ya de noche á buscar en el campo á la nieta. La noche era espléndida; la luna llena parecía esperar tranquila en el cielo el mandato de su ama. De pronto, Nicanor el herrero divisó en la puerta del cementerio dos bultos. Eran ellos: los prófugos. El perro bostezaba echado en el suelo y husmeaba á través de los hierros de la verja cerrada. Rosita estaba llorando á lágrima viva; de sus ojos serenos caían ardientes y gruesos lagrimones, y de vez en cuando mordía en el pan untado de miel y de llanto, como si en él estuviese su único y endulzado consuelo.

Nicanor la llamó á grandes voces:

—¡Eh, tú, Pan y Miel! ¿Te parece que es hora de merendar en estos atajos?

Y aquí tenéis, amigos míos, de qué modo Rosita se quedó con el mote de Pan y Miel.

II

De cómo el mundo aparece y desaparece ante los ojos de Pan y Miel

Por si no sabéis lo que es un soldado, voy á explicároslo. Un soldado, queridos niños, es un mozo guapo y trabajador que se marcha del pueblo, se viste con un uniforme brillante, hace el ejercicio, va á la guerra y, ¡pum, pum!, mata una barbaridad de enemigos. Luego se cuelga sobre el pecho una cruz, coge la licencia, que es la alegría, la mete en un canuto de hojadelata y, con ella colgada al cuello, vuelve al lugarón, se acerca á una puerta desvencijada, se quita la gorra y dice con acento jovial:

—¡Buenos días, madre Salomé!

Estos son los soldados que vuelven; á los que no vuelven no les hemos de conocer, y así no necesitamos saber cómo son. También suelen ser de carne y de hueso y tienen uniforme y cruces muy grandes, que unas veces cuelgan su pecho y otras se las ponen sobre unas paletadas de tierra.

Contento, y con la alegría en su canuto, llegó una tarde á casa de Rosita el hijo de la Mari Juana. Mari-Juana estaba casada con Celedonio, el de la huerta de los nisperos, pero nadie le llamaba el hijo de Celedonio, sino el hijo de la Mari Juana. ¿Habéis visto qué cosa tan rara? Todos los mucha-

chos, hasta que entran en quintas, se llaman el hijo de Juan, ó de Pedro, ó de Diego; pero, una vez que caen soldados, ya no son sino el hijo de la Teresa, el hijo de la Petronila ó el hijo de la Mari-Juana. Y esto es porque han llorado tanto las madres, que nadie cree ya que pueden ser hijos de otra persona.

El hijo de la Mari-Juana se llamaba también Felipe. La abuela Salomé lo entró en la cocina y le dió un pedazo de güeña, que es un embutido muy rico, y otro de candeal, que daba gloria verlo con sus ojos en el migón y su corteza corruscante. ¡Madre de Dios, y las cosas que Felipe pudo contar! Pan y Miel y su abuela se adormían embobadas oyéndole y hasta Leal parecía aguzar las orejas cada vez que Felipe imitaba el sonido de las cornetas ó el seco estampido de los cañonazos.

El mundo era muy grande. Toda la aldea no valía un pitoche al lado suyo. Era tan grande, que la carreta del tío Mariano podía andar de la Pascua á la Candelaria sin acabar de darle la vuelta. ¡Y qué precioso! ¡Santa María! Había en él bosques y jardines, y montes y olivares á manta de Dios. ¿Pues y el mar? Era así como un gran estanque que no tenía más que una orilla; por encima andaban los barcos, mucho más grandes que la iglesia del Robledal; y por debajo del agua nadaban los peces de mil colores, de escamas lucientes, y los monstruos marinos, que se comían al que se descuidaba, con sus bocas más grandes que la presa del cacerón.

Pan y Miel escuchaba á Felipe con la boca abierta. Relucían sus ojos como dos ascuas y no dejaba de preguntar las cosas más bizarras y extravagantes.

—Di, Felipe, ¿hay en el mundo noche y día?

—Sí que hay—contestaba el hijo de Mari-Juana—; pero en las ciudades parpadean lunas de cristal. No haces más que apretar un botón y ¡zás! se encienden todas al mismo tiempo y tienes que taparte los ojos.

—¿Y nisperos?

—Hay nisperos y naranjas, y frutas exquisitas de todas clases; pero allí no las ves en los árboles, sino en cestos y bandejas de plata, muy bien colocadas en unos que llaman escaparates, que están llenos de luces y preciosidades de todo género. Las casas son muy altas y por las calles no hacen más que pasar señorones ricamente vestidos. Ellas llevan trajes de seda y sombreros con plumas y, á lo mejor, las ves recostadas en un coche magnífico, tirado por caballos soberbios, ó en otros que andan solos, que causa el verlos maravilla.

—¿Coches que andan solos?—preguntó Pan y Miel, apoyando la mano en la barbilla.

—Como lo oyes: solitos—contestó Felipe—. Sin que nadie de ellos tire ni empuje.

Rosita quedó pensativa, y al cabo de un rato dijo con impetuosa sinceridad:

—Abuela, ¿por qué no vamos nosotras también por el mundo?

—¡Calla, chicuela, y no digas majaderías!—refunfuñó al punto Salomé—. Nosotras somos pobres. ¡Bonito papel haríamos allí! ¡Estarías hermosa con tu refajo de bayeta y los pies descalzos, en esos coches que andan por arte de birlibirloque!

Pan y Miel sintió una sacudida en el corazón. Miró su refajo y se puso muy encarnada. Por primera vez comprendió que era feo y humilde. Felipe le había transformado con cuatro palabras en andrajo lo que ella juzgaba una riqueza. Comenzaba á saber y empezaba á sufrir.

—Una pregunta—dijo después de breve rato—. ¿Hay en el mundo luna?

Felipe contestó á la inocente con una sonora carcajada.

—¿No ha de haberla, tontina?

—¿Y es de todos?—dijo la niña palideciendo.

—Es de todos y de ninguno, porque nadie la puede coger.

Pan y Miel volvió la cabeza y miró al cielo á través de los vidrios de la ventana. La luna había salido, aunque faltaba media hora para anoecer, y caminaba por el cielo, pálida y como mordida por unas fauces invisibles. Rosita suspiró. En verdad, caminaba demasiado alta.

Quedó triste, abatida, como una reina destornada. Pero aun tuvo vigor para formular su última pregunta:

—¿De qué forma es el mundo, Felipe?

El soldado cogió un enorme migote de pan, lo redondeó con sus dedos hasta formar una perfecta bola y, con ella en la mano, contestó:

—Aquí tienes el mundo.

Salomé y Rosita abrieron los ojos desmesuradamente. Felipe, sin duda, iba á proseguir, cuando un movimiento instintivo hizo escapar el planeta de su mano.

No llegó al suelo. Rápido, como movido por un resorte, Leal abrió sus desmesuradas mandíbulas, dió un saltó y se lanzó sobre el migote. Se le vió entrar en su terrible boca, que se encerró en seguida con un golpe sonoro de dientes.

El mundo había desaparecido.

III

Consagración

Pues señor, que era una noche muy clara, muy serena, como la de los cuentos azules, y las calles del pueblo dormían solitarias, y allá, muy lejos, en los maizales que hay cerca del molino, ladró dos ó tres veces un perro, y después quedó todo nuevamente en silencio, como si las plantas y los árboles y las aguas del río y las estrellas del firmamento fueran á empezar á rezar...

Al final de una solitaria calleja, franqueada por gruesos paredones, apareció un bulto diminuto que fué avanzando hasta llegar á la línea de sombra proyectada por la cerca de la huerta de Celedonio. Siguió hasta el portón y dió en él dos fuertes y vigorosas patadas.

Abrióse el portón y apareció en el dintel Felipe, en mangas de camisa, pero conservando todavía su encarnado pantalón militar.

El soldado lanzó una exclamación de sorpresa y asombro.

—¿A estas horas tú aquí, Pan y Miel?

Era Pan y Miel con su refajo de bayeta, sus enmarañados cabellos y un cestito de mimbre al brazo.

—Yo soy, yo soy—contestó la niña malhumorada.

—¿Y qué es lo que quieres tú—prosiguió el sol-

dado—cerca de media noche, hada de los hormigueros?

El hada de los hormigueros descolgó el cestillo del brazo, le puso de golpe en el suelo, y contestó imperativamente:

—¡Quiero nísperos!

—Muy bien—dijo Felipe moviendo la cabeza de arriba abajo—. Manda usted como una princesa. ¿Y cuántos nísperos quiere su alteza real?

Sacó Rosita el labio inferior un poco hacia adelante, quedóse pensativa, luego dió una patada, y dijo:

—Dos.

Dicho y hecho. Entróse Felipe y á los dos minutos volvió dando grandes zancadas con un nispero en cada mano. Rosita los cogió y los echó en la cesta, con la gravedad del recaudador que percibe un tributo.

—¿Quiere usted algo más, princesa mía?—preguntó Felipe á Pan y Miel.

No contestó la niña. Quedóse inmóvil mirando á la luna.

—Bueno—siguió el bizarro mocetón—. Vuelva vuestra alteza á su casa, que la va á zurrar la abuelita.

Pero la niña no se movió.

—¡Demontre!—se dijo el soldado—. ¿Qué es lo que quiere esta chiquilla? ¿Tienes algo más que pedirme?

Rosita movió la cabeza haciendo signos afirmativos.

—Pues anda, siéntate aquí junto á la pared, y echa por esa boca de peonía—dijo el soldado.

Se sentaron ambos. Todo alrededor seguía llamado é inmóvil. La noche era solemne. Las plantas de la huerta, las copas de los árboles, las es-

trellas del cielo, permanecían en su quietud augusta, como si fuesen á rezar.

—Tú eres brujo, Felipe—pronunció después de una pausa la niña.

—¿Yo brujo?—contestó riendo el soldado—. ¡Medrados estamos! ¿Y quién te lo ha dicho?

—La abuela Salomé, cuando te marchaste esta tarde, me dijo riendo: «Ese muchacho es brujo.»

—¡Ah, vamos!—exclamó sonriendo Felipe—. Pues sí, lo soy; un brujo muy grande que se come á las niñas con un gran tenedor.

Pan y Miel lo miró tranquila, como si pensara: «Tú á mí no me comes.»

—Dicen que los brujos—exclamó mientras acariciaba los nísperos—dan lo que se les pide.

—¡Ya lo creo!—contestó el buen muchacho con jovialidad—. Dan todo aquello que se les pide. Ve pidiendo y verás si es verdad ó mentira. Sepamos: ¿qué quieres tú que te conceda?

Muy seria, muy grave, casi con unción religiosa, Pan y Miel se colocó en pie ante Felipe, y dijo resuelta:

—Yo quiero ser grande.

—Lo serás.

—Yo quiero un vestido de seda bordado con oro.

—¡Cáspita!—exclamó Felipe asombrado—. También será tuyo.

—Quiero ser princesa.

—¿De veras?

—Y tener un coche que ande solo y un palacio con lunas de cristal y muchas piedras finas, y luego todo lo que vaya pidiendo.

—¿Y nísperos además?—preguntó el muchacho con tono socarrón.

Pan y Miel no paró mientes en la sorna. Se limitó á contestar:

—Y nísperos.

—Muy bien—dijo el soldado poniéndose en pie—. Vas á tener todo eso que dices.

Quería divertirse, sin duda, porque tomó de la mano á Rosita y entró con ella hasta lo más frondoso del huerto.

Alzóse una ligera brisa perfumada, acariciadora, sensual, y las copas de los almendros azulados comenzaron á columpiarse con ledo murmullo.

—Oye—dijo Felipe—, que voy á consultar á las hadas.

La niña prestó el oído á todos los rumores nocturnos, como á la voz de la sibila Alejandro, en Cumas.

—Hadas de los ríos y de las fuentes—preguntó el soldado en alta y litúrgica voz, que resonó en la atmósfera diáfana como en un trasluciente fanal: —¿Tendrá Pan y Miel lo que pide?

No era ilusión; el agua, al verterse sobre el alcorque, saliendo del viejo atanor, parecía murmurar claramente:

—Si... Si... Si...

—Genios de la hojarasca, brujas del abeto y del roble, hadas de los cálices y los pétalos—siguió Felipe realmente poseído de su papel—: ¿Conseguirá Pan y Miel su deseo de ser princesa?

Una ráfaga perfumada columpió las copas de los árboles y los arbustos, levantando en ellas un blando susurro, y pareció responder mansamente:

—¡Lo será... lo será!

Felipe se inclinó, recogió una piedra del suelo, hizo con ella sobre su frente y pecho la señal de la cruz, y dijo á Rosita:

—Toma este ensalmo; no lo pierdas nunca. Se llama *Voluntad*. Con él, sobre ti, todo cuanto pidas te será concedido.

La niña cogió con ansia el pequeño guijarro, y cerró la mano oprimiéndolo fuertemente.

—Ahora—dijo Felipe, extendiendo las manos sobre los enmarañados cabellos de Rosa—, ¡en nombre de la santa hechicera la Luna, de Nuestra Señora la Fronda, de las hadas de los hormigueros y de los genios del enjambre, te hago dueña y señora del mundo!

Pan y Miel dió un salto y echó á correr, dejando olvidado el cestillo y los nísperos, pero con el puño cerrado nerviosamente, para que no se escapara el talismán.

Felipe quedó solo en medio del huerto. Había cesado la brisa, y los árboles, las aguas y los astros permanecían silenciosos en la noche nupcial y solemne, como si fuesen á rezar...

—¡Bah!—dijo al cabo de una corta meditación el soldado—. ¿No será así toda la fe y toda la esperanza del mundo?

IV

Primer prodigio del talismán

Jueves de madrugada, la abuela viste su saya segoviana, cubre su cabeza con el pañuelo de listas azules, anuda sobre su garganta las puntas, requiere el cestillo de los huevos, lo coloca en su brazo y dice á la nieta:

—Pan y Miel, al mercado váime, que bien hemos menester con qué pagar la renta. Sola quedas,

mujercita eres y hacendosa. Cuida la olla, que no se derrame sobre el fuego.

Y la niña contesta:

—Así haré, abuelita.

—Pan y Miel—prosigue la anciana—, limpia bien la cocina y el zaguán. Si alguien viniere, parla poco, que mujer algarera nunca hizo larga tela.

—Señora abuela, cumpliré lo que manda—responde la niña.

—Pan y Miel, hoy toca poner á la pinta y á la moñuda; les recogerás la postura y les aparejarás el moyuelo. Y, por tu vida, que no salgas; que hoy me iré, crás, me iré, mal la casa mantendré.

—Vaya tranquila, señora abuela—contesta Pan y Miel.

Y la abuela pone un beso sobre su frente y echa á andar caminito adelante, y Pan y Miel queda pensativa, mirando la olla que borbotea, como si murmurara en voz baja no sé qué misterioso *run run*.

Luego sube al desván y se pone de pechos á la ventana. Es un espléndido día de primavera. De los campos llega olor á flores de acacia, de almendro, de cantueso y tomillo. Un pájaro llega al alero, deja no sé qué brizna, y echa á volar.

El campo, veteado, tiene todos los tonos del verde; sobre la montaña se columpia una nubecilla que parece un vellón. Más allá nada se divisa. Detrás del confuso horizonte está el mundo.

La niña se mete la mano en el pecho y acaricia algo oculto. Es una bolsita de lienzo en que tiene encerrado el talismán.

De pronto se yergue y lanza una voz imperativa:

—¡Leal!

Se oye en la escalera un rudo galope. Aparece Leal, moviendo la cola; se detiene y contempla,

con las orejas levantadas, á su ama, quien coloca su mano en la rotunda cabeza del noble animal obediente.

Ella coge un pequeño cestillo, en que hay pan y dos monedas de cobre, y dice resueltamente:

—Vámonos.

Dicho y hecho. Niña y perro van escalera abajo, franquean el umbral y salen al camino. La niña vacila, pero luego echa á andar decidida por el sendero que va á la montaña.

En las ramas, los pájaros charlotean; el agua parece reir sobre las guijas de las aceras. El sol mismo, quebrándose en los muros, en los árboles y en el césped, parece decir con jocunda alegría:

—¡Qué hermoso es el mundo, Pan y Miel!

Leal va delante saltando; ella camina seria y decidida, con el ceño fruncido, como debió pasar la frontera el primer ostrogodo. Va á la conquista del mundo entero; pero ese mundo, ¿dónde estará?

Anda, anda, anda. Y ya es cerca del mediodía y falta lo menos una legua para llegar á la falda de la montaña. El perro bebe en un arroyuelo; pero la niña no tiene sed más que de grandeza, de vida, de no sé qué desconocido y hermoso. Se siente fatigada, pero sigue su ruta. Es preciso llegar.

Pronto comienza el terreno á ser accidentado y abrupto. A los dos lados del sendero parece que amenazan con desmoronarse grandes pedruscos. Luego llega un acantilado, después una cuesta penosa por entre pinos y abetos cubiertos. A media tarde, los viajeros alcanzan la cumbre. Desde allí divisan un valle risueño, limitado por un garzo no-cedal.

Leal sale disparado á campo traviesa, porque ha visto un rebaño y quiere solazarse persiguiendo á las ovejas asustadizas. Pero, de pronto, aparece

un zagal, prepara la honda y dispara al perturbador una piedra que, de alcanzarle, diera fin en un punto con su osadía y su fidelidad.

—¡Eh, tú—le grita al zagal Pan y Miel—, no le tires al perro!

—¡Que no asuste él á mis ovejas!—contesta hostil el rapazuelo.

Pan y Miel llama al fiel servidor, y éste acude rabo entre piernas, agachándose, como quien espera un justo castigo.

La niña le amenaza con la mano, muy enojada, y el perro se tumba en el suelo, sacando de las fauces un palmo de lengua.

Se entabla entonces un diálogo tan breve como claro y conciso:

—Pastorcito, ¿dónde está el mundo?

—¿Ves abajo aquel nocedal? Pues detrás me han dicho que está.

—Dame pan.

—Toma.

Echa la niña un pedazo al perro, comienza á morder en el trozo que queda y, ¡hala!, cuesta abajo, anda que te anda, hasta la fila de árboles oscuros.

El sol ya declina; la niña lleva ensangrentados los pies; pero por eso no descansa. Cuando el sol se pone tras la montaña, cruza el bosque la niña. Al otro lado hay una llanura y después un ribazo.

Junto al sendero, un labrador cava con una azada la tierra.

—Labrador, ¿quiere usted decirme dónde está el mundo?

—¿Ves aquel ribazo? Pues al otro lado le encontrarás.

Y vuelta á andar; pero á Pan y Miel le pesa el cestillo, y lo tira. Es de noche y el cielo se ha cons-

telado de brillantes estrellas. La tenacidad puede más que el cansancio, y el ribazo se queda atrás, como se quedó la montaña y el bosque.

Hay un prado y en él descansa, cerca de un cerro, una tropa de titiriteros. Hay dos mujeres pálidas y un hombre que lleva un perro con cascabeles. Sobre el carro aparece un bombo y un cornetín, y tres banderas, y muchos fardos envueltos en telas de colores.

—Tú, payaso—dice la niña—, ¿dónde está el mundo?

—Hacia él caminamos. ¿Quiéres tú venir con nosotros?—le dice el hombre de los cascabeles.

—Sí—; le contesta la aventurera.

—¿Cómo te llamas?

—Pan y Miel.

—¿Tienes familia?

—No.

Hablan en voz baja los volatineros. Uno de ellos, de cara afeitada y cabeza canosa, se acerca.

—¿Qué sabes hacer?

—Cantar y bailar.

—Canta.

Tose la niña y entona la canción que aprendió de su abuela:

«Ven á buscar en el campo
los helados pajarillos
que, perdidos en la nieve,
no regresan á sus nidos.
Ven á mirar en los robles
los copos de nieve fijos,
columpiándose en las ramas
como pinzones dormidos.
Ven á refrescar mis sienas
con tu aliento peregrino,
que hay sobre mi frente lava
y en el pecho siento frío.»

—No está mal—masculla el jefe de la tribu—. Ahora baila.

Pan y Miel comienza á bailar una danza extraña, infantil, inconsciente, pero preciosa y rítmica.

—No hay más que hablar; sube.

Suben al carromato la niña y el perro. Ella oprime la piedra encerrada en la bolsa y dice:

—Tienes que darme una falda de seda bordada en oro.

—¿No quieres más que eso, mi vida?—le pregunta el payaso.

—Nada más.

—Pues toma ese lio y desátalo.

Es un hato de percalina. La niña lo desata con dedos nerviosos y, ¡oh encanto!, dentro hay un faldellín de seda, bordado en oro, como ella pudo imaginarlo en sus ensueños vírgenes.

Toda la tropa ha subido al carro. El que parece el amo sacude un trallazo á la mula y la grita:

—¡Arreal!

Muévese el armatoste. Leal se ha encaramado sobre el timbal. Pan y Miel aprieta su vestidura de princesa sobre su corazón.

SEGUNDA PARTE

I

La signorina Rosina Rossi

Era una vez una señorita tan hermosa, tan linda, que llevaba el sol en la frente, y así no se la podía mirar cara á cara sin quedar deslumbrado. Y, además, cantaba tan bien que ni los pardales en el monte, ni los ruiseñores en el jardín, podían competir con ella cuando abría la boca y dejaba escapar de su garganta de alabastro cascadas de notas limpias y cristalinas que parecían engarzadas en un hilo de voz invisible. Se llamaba Rosina Rossi. Debía ser muy rica, porque todos los empresarios del mundo andaban tras ella para que cantase en su teatro, convencidos de que, en cuanto ella apareciese en el escenario, se llenaría el coliseo y se haría un silencio solemne, y el público sentiría ese frío del entusiasmo que todos sentimos cuando sobre nuestras cabezas agita sus alas el genio y deja caer sobre nuestras frentes el polvo diamantino de la idealidad.

Todas las noches, cuando al acabar la función se adelantaba á saludar al público la señorita Ro-